

Calidad de vida y vejez: un cambio de perspectiva

Alfonso García Martínez
y Andrés Escarbajal de Haro

Universidad de Murcia

Resumen: Las percepciones y estereotipos dominantes en nuestra sociedad sobre el papel y las características de la vejez suponen un fuerte lastre que dificulta la incorporación plena de las personas mayores a la vida social, cuando no conduce directamente a su marginación. Todo ello supone un retroceso en la configuración de los marcos sociales capaces de aportar elementos positivos a la calidad de vida de todos y, en especial, de los hombres y mujeres encuadrados en la tercera edad. Un sector de población que, sin embargo, se va configurando progresivamente como uno de los más importantes en las sociedades avanzadas. En este artículo se analiza la situación actual y se postulan elementos socioeducativos que permitan configurar una nueva perspectiva para la vejez.

Abstract The perspective and dominant strategies in our society about the paper and characteristics of the oldness, impose a strong ballast that hinders the full incorporation of the aged persons to the social life, if it does not carry directly to their isolation. All this imposes a setback in the configuration of the capable social frameworks of providing positive elements to the quality of life of all and, specially, of the men and women called 'Third Age'. A population's sector that however goes configuring progressively as the most important one in the advanced societies. In this paper is analyzed the current situation and are postulated social and educational issues that permit to configure a new perspective for the oldness.

Palabras clave: calidad de vida, vejez, jubilación, estereotipos, ocio y tiempo libre, relaciones intergeneracionales, productividad social, transmisión cultural.

Key words : quality of life, oldness, retirement, stereotypes, leisure, intergenerational relationships, social productivity, cultural transmission.

1. INTRODUCCIÓN: LA IMAGEN PREDOMINANTE

Durante el curso 96-97 hicimos un pequeño "experimento" preguntando a nues-

tros alumnos y alumnas de Pedagogía y Trabajo Social (como se comprenderá, jóvenes de entre 18 y 23 años en su mayoría) su percepción sobre las personas mayores (o tercera edad), sobre la imagen que tenían acerca de esa etapa de la vida. En definitiva, queremos corroborar lo que ya sospechábamos: que hay ciertos estereotipos hostiles hacia la vejez que tienen un gran peso social y que perduran durante generaciones.

Utilizamos para ello dos procedimientos que estimamos complementarios: un cuestionario y un test de asociación libre. En el primer caso ofrecíamos una serie de adjetivos o estereotipos prefijados y contrapuestos (autosuficiente–dependiente, optimista–pesimista, alegre–triste, etc.) y analizamos el diferencial semántico a través de las elecciones que hacían. En el test de asociación libre presentamos una serie de palabras–estímulo para que los alumnos y alumnas contestasen con tres adjetivos–respuesta que creyesen caracterizasen a la vejez o tercera edad.

Los resultados arrojaron la convicción de que, aún hoy, y a nivel universitario, los jóvenes siguen considerando a las personas mayores por sus características de decrepitud. Sólo la experiencia acumulada, la orientación que pueden ofrecer a los jóvenes y el equilibrio personal son características que valoran como positivas en este colectivo.

Entonces, ¿por qué planteamos que se debe producir un cambio en la perspectiva que orienta la actual percepción social y cultural de la vejez? Sencillamente, porque la existente es una mala percepción cuyos efectos son marginadores y degradantes para los viejos y porque, en una perspectiva de creación de nuevos marcos sociales de relación más fructífera y democrática que desarrolle y favorezca la calidad de vida de nuestros mayores, la actual situación (en buena medida ocasionada por aquella, como tendremos ocasión de analizar a continuación con más detenimiento) no nos satisface. Es más, en muchos aspectos nos desagrada profundamente, en especial porque cuestiona y dificulta esa otra perspectiva más solidaria y más humana.

Si bien, en la antigua civilización occidental, los ancianos eran “la sabiduría”, la Revolución Industrial cambió el modelo ideal de persona al apostar por la fuerza y la juventud. La sociedad confió en la tecnología, la fuerza y la juventud, olvidando que la experiencia vital, la reflexión y el pensamiento pueden ser tan valiosos o más que los atributos juveniles. En efecto, prácticamente todos los estudiosos sobre la tercera edad (VV.AA., 1994; García y Cerro, 1996; Sáez y Escarbajal, 1996; Sáez, 1997) coinciden en una cosa al menos: que la imagen actual de la vejez está desvalorizada en relación tanto a otras épocas históricas como a lo que los viejos se merecen realmente y en que dicha desvalorización aparece asociada a factores tales como la enfermedad, la decrepitud, la pérdida de utilidad y, por qué no decirlo, a la muerte. Dicha apreciación implica una devaluación social del estadio vital de la vejez, y no sólo en sus elementos materiales, sino también en los de carácter simbólico. Es decir, de acuerdo con ciertos parámetros de actuación de la sociedad ante los viejos, genera una imagen de éstos que es la que

viene a justificar, a su vez, aquellas actuaciones. No extraña, por tanto, que el profesor Aranguren (1992) proclamara que a los viejos se les asigna, en la sociedad actual, un papel de marginados, equiparado a lo que fueron en otras épocas los proletarios o los pobres.

Pero, como sucede con todas las construcciones perceptivas de la sociedad, éstas no son neutras ni asépticas; tienen efectos en la vida de las personas al configurar las formas de actuación y de relación de unos con otros. Concretamente, esa devaluación social de la vejez supone, entre otras, dos cosas:

- * una disminución de la estima y de la autoestima de las personas mayores, y
- * una reducción muy considerable de las oportunidades sociales que se ofrece a los viejos.

Otra cosa bien diferente es si esa imagen social desvalorizada y desvalorizante se corresponde con la realidad de la vejez. Por ejemplo, una investigación llevada a cabo en una residencia de Burgos por M^a Angeles Gutierrez (1990: 220-224) intentó demostrar la relación existente entre la actividad o inactividad (en su caso) de las personas mayores y su identidad social. La hipótesis principal establecía que la permanencia en la ociosidad sin actividades gratificantes correlaciona con la identidad social de signo negativo; y lo contrario: una jubilación activa favorece la identidad social positiva. Los resultados demostraron la hipótesis de partida: la vejez se autopercibe negativamente cuando el ocio está vacío y no es más que tiempo libre que pasa como si fuese una pesada carga que se soporta con resignación. Sin embargo hay que considerar que las personas mayores también se manifiestan en contra de actividades superfluas, que nos les dicen nada, porque no les son significativas ni gratificantes. Cuando participan en la elaboración de actividades es cuando se sienten con más autoestima y satisfacción. Esta investigación dió lugar a la puesta en marcha de un plan general de intervención para realzar la autoestima e identidad social de las personas mayores alojadas en residencias. En todo caso, hay tantas formas y situaciones en las que se manifiesta la vejez que difícilmente podríamos hablar de una sola realidad unificada. Lo que no obsta para que, simplificando su visión y reduciéndola a un mínimo común denominador, la vejez sea vista y catalogada como una única realidad, que se restringe, dicho brevemente, a su propia inutilidad social. Sin embargo, esta imagen no se corresponde con la realidad, tal y como sugiere la investigación desarrollada en 1993 por el INSERSO y el C.I.S., sino con la presentación de la realidad que efectúan aquellos que son capaces de influir de manera fuerte en la percepción social y en la creación de opinión pública.

Parece ser, por contra, que la mayor parte de las personas mayores realizan cotidianamente actividades de utilidad social, entre las que no son las menos importantes las de tipo asistencial realizadas bien con los nietos e indirectamente con los hijos o bien con otros ancianos. Y algunos investigadores (Mederos y Puente, 1996: 12) han puesto de

manifiesto la mejor disponibilidad de la persona (sana) mayor de 60 años para realizar determinadas actividades y funciones que tradicionalmente parecían vetadas a este colectivo.

2. LOS ESTEREOTIPOS SOBRE LA VEJEZ

Sabemos que un estereotipo no es otra cosa que una imagen simplificada y normalmente falsa de la realidad. Pero también sabemos que su función psicosocial más importante es la de operar, cuando existe, de un modo activo acomodando la realidad a lo ya fijado en esa o esas imágenes. Pues bien, de todas las etapas por las que transcurre la vida humana, la vejez es la etapa sobre la que se acumula una mayor cantidad de estereotipos y de ideas negativas. Intentando dar una explicación de esa situación, se nos ocurre que, probablemente, su vinculación a la proximidad (¡como si esta cercanía no fuese permanente!) de la muerte haya generado esta percepción antropológica negativa que vincula la vejez al desaliento, la tristeza, la pérdida de la ilusión o la enfermedad... y que expresa la existencia de un auténtico miedo antropológico a la muerte. Lo paradójico del caso es que esa misma imagen a veces se proyecta para suscitar el interés de la gente por los ancianos (Rodríguez Rodríguez y Sancho Castiello, 1995).

Esta imagen negativa se ve también reforzada por quienes públicamente hablan de la “carga financiera” de las pensiones para el conjunto de la sociedad y del incremento desmedido del gasto social. Como se puede apreciar, aquí no se menciona a los viejos para nada, el lenguaje utilizado es puramente técnico y no valorativo, nos hablan de hechos ‘objetivos’ y no ofenden a nadie. Pero, ¿quién sino los viejos tienen pensiones?; ¿quien hace un mayor uso de los recursos sociales del Estado que los viejos? No deja de tener su gracia que, después de decir estas cosas pierdan parte de sus posaderas y se peleen como niños para hacer que tales pensiones se domicilien en sus entidades financieras.

En cualquier caso, temerosos de la muerte y de su supuesta antesala (la vejez), buscamos siempre cualquier asidero para el futuro incierto que nos acecha, aunque éste sea la denostada vejez. Por ello, despreciamos a la vejez, consideramos que supone un gasto insostenible, pero cuando se nos pregunta por la subida de impuestos para compensar los desajustes del sistema de pensiones contestamos con un “sí” en un 66%, y sólo “no” en un 27%, y, además, consideramos que la vejez es la gran desprotegida de la sociedad (Mederos y Puente, 1996: 17). Doble moral, miedo a llegar a viejos sin “la espalda bien cubierta”, hipocresía... todo puede caber en estas actitudes de una sociedad que tiene muchos medios, pero no sabe muy bien hacia dónde camina.

No obstante, debe quedar claro que las imágenes también las construimos nosotros mismos y, de hecho, el que se consoliden o no depende en buena parte de que, por como-

didad, aceptemos y dejemos pasar aquellas que otros interesadamente quieren hacer prevalecer. La presencia social de las personas mayores es, por tanto y en buena medida, la que puede hacer que se incline la balanza en esta construcción de imágenes sociales sobre la vejez.

3. ¿QUÉ ES UN VIEJO?

El concepto de vejez está siendo objeto de profunda revisión, porque está demostrado que el significado clásico queda ya obsoleto. Para la Medicina parece claro que se trata de transformaciones del organismo que modifican negativamente el estado de salud de las personas y las merma en sus facultades generales. Por tanto, la Gerontología Médica habla, sobre todo, de desajustes, de no correspondencia entre edad cronológica y edad biológica; sin embargo, obsesionada por los cambios biológicos de la persona, por las “pérdidas”, mermas o decrepitud de las personas mayores, no ha tenido demasiado en cuenta aspectos sociales y de la personalidad. Por ello, algunos autores (Heinz, 1984) han puesto de relieve que lo que hace que se considere ‘vieja’ o ‘anciana’ a una persona mayor son ciertas conductas y condiciones sociales *esperadas*, en especial las valoraciones de *utilidad social* y no la llegada de la edad oficial de jubilación. Cosa que puede ser cierta, pero que, en muchos casos, aparece mezclada y confundida. No obstante, tanto en uno como en otro caso se establece una relación de igualdad que, en mayor o menor grado, está presente en todos los grupos de población; en esta igualdad ‘anciano’ equivale a ‘no valer para nada’ (Bazo, 1990). Una relación que acentúa sus rasgos más dolorosos en sociedades, como la nuestra, donde la prisa, la hiperactividad, la productividad inmediata, la fortaleza física, la competitividad y otros elementos y valores similares son los más apreciados como proveedores de calidad de vida.

Ahora bien, ¿responden las pautas usuales de conducta de los viejos a lo que se presume con esos valores? Ciertamente no; ni falta que les hace, especialmente cuando muchos de los que se afanan tanto no llegarán nunca, con bastante probabilidad, a vivir la vejez bajo ninguna de sus manifestaciones o categorizaciones porque se habrán dado mucha prisa por dejar este mundo. Pero que digamos esto no significa que lo otro, los valores que indicábamos, no estén hartos presentes y jueguen, en el plano sociocultural, contra los viejos al excluirlos por no estar a la altura de tales proezas. Pero, como escribe Antonio Gala, la culminación sólo se alcanza cuando se ha ido subiendo, paso a paso, la larga senda de una vida entera. Y Cicerón nos aclaraba, en *De Senectute*, que las cosas verdaderamente importantes no se realizaban con fuerza, velocidad y aceleración de los movimientos del cuerpo, sino con reflexión, autoridad y juicio. Cualidades de las que no se suele carecer en la vejez, sino que, por el contrario, se aumentan.

Entonces, y creemos que es el momento oportuno para ello, habría que hacerse la

siguiente pregunta: respecto de los valores en boga, ¿son los viejos quienes han de cambiar o es la sociedad en su conjunto la que ha de girar el timón en otra dirección? Mientras respondemos a ella, lo cierto es que esa forma de entender la vida *actúa contra los viejos*, ya que

- * refuerza los estereotipos y creencias negativas generadas sobre ellos, y
- * conducen a su incomunicación, porque se trata de registros vitales muy distantes que impiden el entendimiento, la comunicación y la solidaridad intergeneracional.

4. UNA CUESTIÓN NO TAN SIMPLE

Pero, ¿es realmente la juventud el paradigma de los valores positivos de nuestra sociedad?, ¿cuántos jóvenes presiden gobiernos?, ¿cuántos presiden grandes empresas?, ¿cuántos son ministros?, ¿cuántos gobiernan universidades? En todos estos casos parece que por mucho JASP (jóvenes aunque suficientemente preparados) que aparezcan en los anuncios, la realidad es que la experiencia sigue siendo determinante. En realidad, y para ser más precisos, nuestra sociedad mantiene un doble discurso sobre la vejez, que sólo puede entenderse como el resultado de la desorientación o de la más flagrante hipocresía. Por una parte, proclama el respeto y el reconocimiento por su *aportación a la sociedad* (esto es, por su legado cultural y su esfuerzo laboral) y por sus derechos civiles y políticos. Pero, por otra parte, los retira bruscamente del sistema productivo y los coloca en los márgenes de todos los procesos sociales, condenándolos al aislamiento, la marginación y la exclusión, es cierto, con algunas –escasas, eso sí– excepciones.

Seres humanos que hasta entonces estaban capacitados y se veían poderosos se sienten, de golpe, acorralados y reducidos a una situación de abandono o dependencia muy importante, aún cuando, como lo demuestran a diario, conserven muchísimas capacidades y desarrollen otras nuevas igualmente valiosas. Al mismo tiempo, la sociedad, para soslayar esa contradicción, pone en juego toda esa batería de argumentos estereotipados sobre la vejez a la que hemos hecho alusión anteriormente y con ella intenta enmascarar su propia inconsecuencia y su *ceguera*. Y decimos *ceguera* porque los no–viejos, si tienen la fortuna de llegar a ese estadio tendrán que pagar el precio de probar su propia medicina, salvo que el elixir de la eterna juventud haya sido descubierto para entonces. Lo que si parece claro es que tales conceptualizaciones y mitos ejercen el papel de la profecía que se autocumple (Valladares, 1995). De acuerdo con este autor, lo que se ha de hacer con los viejos en cada sociedad se expresa a tres niveles:

- a) *biológico*: a través de la percepción de la decadencia física y el vigor corporal;
- b) *ritual*: expresado en ese apartamiento de la vida productiva: la jubilación, curiosamente un término que significa la celebración de algo, del júbilo o jubileo por

alcanzar una meta perseguida;

c) *mitológico*: la 'eliminación' del viejo sirve de organización ritual de la sucesión generacional: mito de Edipo, rey de burlas mesopotámico, etc.

No se trata de eludir, desde luego, el hecho de que los seres humanos somos finitos, que tenemos que morir. Pero, de ahí a ocultar ese hecho mediante constructos falseadores y/o manipulantes de una fase del desarrollo humano, y que nos autodescalifica por adelantado, hay todo un abismo. Pero ¿qué ha pasado?

5. UNA TRANSFORMACIÓN SOCIAL SIN PRECEDENTES

Entre los diversos fenómenos significativos que afectan a la vida humana en nuestras sociedades actuales de corte occidental, el de la prolongación en términos absolutos de la vida humana o, como dicen los demógrafos, de la 'esperanza de vida' de la población humana es el que más destaca. Al menos en el marco europeo, esta 'esperanza de vida' ha pasado de 30 años en el siglo XVIII a los 70 ó 75 (para hombres y mujeres respectivamente) en la actualidad. En consecuencia, en Europa (y Norteamérica), las personas mayores han triplicado su porcentaje en el total de la población, representando un 15% del total.

En el caso de nuestro país, España tiene la mayor tasa de esperanza de vida de Europa. Una mujer tiene la posibilidad de vivir hasta los 83'2 años, y los hombres hasta los 79. Se estima, además, que a principios del siglo XXI habrá un 14% de personas mayores de 65 años, más de 5 millones y medio. Y hemos de contar con la llamada "cuarta edad" o "envejecimiento de la vejez", personas de más de 80 años con estimable esperanza de vida. Cuarta Edad que no se distinguirá de la "Tercera" sólo en el número de años, sino en el estado físico-psíquico integral en que se encuentre la persona. Es el llamado "ser viejo" o "sentirse viejo" de que nos habla Aranguren (1992). Por tanto la cuestión estará en la calidad de vida, más que en la cantidad de vida.

Pero el envejecimiento poblacional significa, sobre todo, que esta proporción va en aumento, no tanto porque se haya ampliado la esperanza de vida mucho más, sino porque se ha reducido la tasa de mortalidad infantil y porque ha descendido la tasa de natalidad. Y, en nuestra opinión, esta situación repentina en la que hay *muchos viejos*, es la que ha desquiciado a tantos gobernantes que se ven desbordados por esto y se interrogan sobre qué hacer con ellos, como si se tratase de trastos inútiles y hubiese que colocarlos en el trastero, cuando no arrojarlos directamente a la basura. Se confirma, de este modo, el análisis efectuado por Simone de Beauvoir (1989), según el cual nuestra sociedad practica una profunda ambigüedad o un doble juego con la vejez:

a) por una parte, equipara a los viejos a los adultos jóvenes en derechos políticos y deberes sociales: pueden votar y tienen responsabilidad penal, y

b) por otra parte, los trata como un fardo pesado de llevar porque no forman parte de la población activa y suponen un lastre para las arcas del Estado, al que parasitan.

En realidad, esta doble visión representa la negación de la lógica patriarcal del mito hebreo tanto tiempo dominante en Occidente. Si bien es cierto que los mitos, con su intrínseca ambivalencia, recubren las contradicciones internas de la sociedad. Dicho de otra forma, permiten que se genere una buena conciencia social. Por tanto, la ‘piedad filial’ (atender a los viejos) y su percepción como una carga económica indeseable representan los dos polos de esta situación. De todas formas, en ese juego de balanza, el proceso más activo y fuerte es el de la descalificación de la vejez, pues su misma existencia es una afrenta al mundo de la productividad, el lucro y la competencia en que se ha convertido la vida adulta y ‘productiva’.

La persona que llega a la vejez es vaciada de humanidad para convertirla en otra cosa diferente que no cree complicaciones, aunque se trate de un otro sublimado. Y aquí la sublimación no es sino una forma de anular al viejo, de apartarlo de la realidad, puesto que en esa realidad es donde molesta. Pero, si están fuera de la realidad, poco importa entonces que se les niegue lo mínimo para desarrollar una vida digna (cuando se dice que a las personas mayores les gusta, sobre todo, los viajes, y que apenas utilizan los servicios culturales habrá que recordar que el 90% cuentan con un mínimo bagaje cultural). Como puede apreciarse esta construcción social de la vejez sirve para justificar un determinado tipo de práctica sociocultural marginadora. Pero esa distorsión de la vejez nunca cumple el papel contrario: jamás comporta connotaciones positivas, sólo desastres y negatividad. Y eso se compensa justificando que lo que se hace a los viejos está bien hecho, con lo que se muestra el lado más indecente de nuestra cultura, aunque venga avalado por teorías muy sofisticadas.

De este modo, el problema reside en que la condición de la vejez ya no depende tanto de ellos y ellas mismas como de la sociedad en la que viven. Y, en las sociedades secularizadas, esa condición la imponen los grupos dominantes, mediante el ‘aparcamiento’ de los viejos, es decir, generando un estilo de vida desvalorizado y marginal, sustentado más en razones económicas que estrictamente generacionales, aunque con la complicidad del resto de la población activa. Un aparcamiento al que se accede mediante la jubilación y la limosna, porque según el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, en España había en 1995 tres millones de pensiones de jubilación. La pensión media era de 91.000 pesetas, pero ya sabemos lo que pasa con estas estadísticas: uno se come dos pollos y el otro ninguno y resulta que ambos se han comido (estadísticamente) un pollo. Pues eso ocurre con las pensiones: las hay de supervivencia y las hay más “decentes”. La media no nos dice, sin embargo, que unos (muchos) no llegan y otros se pasan bastante.

6. LA JUBILACIÓN COMO PUERTA

Los gestores de la Administración se enfrentarán en los próximos años (ya lo están haciendo) a un grave problema socio-económico: disminuye la población activa al tiempo que se eleva hacia límites insospechados el número de personas de más de 65 años. Además, personas que no han aprendido a envejecer ni han sido preparados para una jubilación que les ha pillado “mirando hacia otro lado”.

La jubilación es, en la actualidad, la puerta por donde se abre el paso a la nueva condición de “inactivos sociales”. Constituye la materialización del rito de la ‘transición a la nada’, a ninguna parte, salvo a ese estadio donde campa por sus respetos la descalificación social. Personas activas hasta ese momento se ven sometidas a un brusco cambio en sus vidas; cambio que afecta a sus recursos económicos y a su nivel de vida y tiene consecuencias psíquicas y morales bastante serias y graves, en especial cuando esa nueva situación no es asumida creativamente y se percibe solamente como el fin de algo sin significar, al mismo tiempo, el comienzo de otra cosa. Está demostrado que ciertas “dolencias” y “enfermedades” sólo “existen” para encubrir la soledad, y puede ser corroborado por el hecho de que quienes más utilizan los servicios médicos son las personas con escasa formación y pocos recursos para utilizar satisfactoriamente el ocio y el tiempo libre; lo que es especialmente doloroso en los hombres, ya que las mujeres, entrenadas para ello por la división de tareas impuesta por el sistema de género, no se jubilan jamás del todo: continúan asumiendo una parte o la totalidad de lo que ya venían haciendo. En ellas, la vida laboral y la existencia cotidiana se han confundido, ejerciendo de amas de casa a tiempo completo o efectuando la ‘doble jornada’ si trabajaban, con lo que su identidad se ve menos afectadas porque siguen desarrollando las mismas tareas de siempre. Si bien, únicamente exponemos la situación, no está de más plantearse si eso es justo. Aunque, a efectos de jubilación, es desde luego menos traumático que para los hombres.

El problema de la jubilación es que rompe con la relativamente suave evolución vital de las personas, introduciendo una grave fractura en el ciclo vital: se rompe con el pasado y es preciso acomodarse a una situación nueva. Situación que, junto a sus ventajas manifiestas (descanso, tiempo libre, ...), comporta otras negativas (descalificación, empobrecimiento, ...). El hecho de que, en nuestra sociedad, la identidad se configure en una buena proporción por la ocupación y el sueldo que se gana tiene mucho que ver con la profundidad de la crisis que supone la jubilación. Al perder la ocupación y el sueldo se pierde lo que daba consistencia a la identidad. Se transita, pues, de la definición de uno mismo como “soy carpintero, profesor, obrero...” a la de “soy jubilado”. Sólo que eso de jubilado ¿qué es?; ¿a qué categoría ocupacional responde? Desde el punto de vista de esta sociedad, no equivale a ninguna de las características mencionadas; equivale a

‘nada’ o a algo peor: una rémora molesta y costosa.

De ahí se derivan ciertas conductas estereotipadas que se vinculan a la vejez y que, como en el caso de la avaricia, el cascarrabias, de los comportamientos raros, suponen manifestaciones reales pero no de chochez sino de intento de afirmación de su propia personalidad, despojada mediante la jubilación. A la persona mayor no le importa tanto cumplir años como perder autonomía y caer en la dependencia (de quien sea: instituciones, familia, residencias, etc.). Estos comportamientos, resentidos como liberadores por el anciano, le sitúan en una segunda infancia que les permite entablar alianzas con los niños, ya que, como ellos, pertenecen al grupo social de los marginados, de los improductivos, de los que no tienen poder de decisión.

7. LA DESAPARICIÓN DE LA ‘PIEDAD FILIAL’

Sin duda, uno de los males de nuestra sociedad es la ruptura intergeneracional. La sociedad occidental camina con paso firme hacia un desequilibrio de grupos, jóvenes y viejos, afectados por los mismos desajustes, y no parece que haya un horizonte despejado. ¿Por qué este cambio en nuestra sociedad respecto de los ancianos, en relación con la postura adoptada por otras sociedades que se encarnaba en la denominada ‘piedad filial’? Porque la piedad filial se manifiesta en el reconocimiento del papel social del viejo en el seno del grupo humano al que pertenece. El viejo, en esta concepción, representa el eslabón que une con el linaje, con los antepasados, es el que más cerca está de ellos y, además, es el que transmite la sabiduría y la propiedad. En ello reside el valor patrimonial y sapiencial de los ancianos.

Pero en las sociedades modernas, industriales o postindustriales, la posición social se adquiere y no se hereda, y la sabiduría de los viejos ya no sirve, en general, para resolver los problemas técnicos que la vida plantea. Por ello ha declinado el prestigio de la vejez, ya que la experiencia como forma de conocimiento y de afrontar la solución de problemas está desvalorizada socialmente. Nuestra sociedad no cree ya que los años sirvan para acumular saber; cree que con los años el saber se pierde o caduca. También se piensa que la edad incapacita para dominar los nuevos artilugios técnicos precisos para su desarrollo. En consecuencia, lo que prima son los valores ligados a la juventud, ya que hacerse viejo no significa avanzar intelectualmente.

Por otra parte, el tiempo ya no es circular como en la Edad Media. La Modernidad y la idea de progreso impusieron la ‘flecha del tiempo’, como con gran acierto la denomina Stephen Hawking (1988): el tiempo se hace más lineal e irrepetible, en busca de un futuro jamás alcanzado. Pero esto implica que donde el anciano se repite y se estanca, el mundo sigue hacia adelante, incluso cuando no sabe a donde va. El viejo se retrasa, se queda solo. Su labor no será continuada y los hijos no tenemos tiempo ni para

hablar, como Eneas, con la sombra de nuestros padres. Quizá porque no son sabios o no tienen patrimonio.

Claro está que cabe la esperanza de que, bajándonos de esa locomotora del progreso hacia ninguna parte o descabalgando la flecha del tiempo en el próximo apeadero, desandemos el camino. Para nosotros, lo que queda claro es que ese horizonte es el nuestro y que, tal y como lo reproducimos, no nos sirve ni social ni personalmente para nada. Tendremos que pararnos a pensar cómo lo modificamos. De hecho, parece que, a nivel de percepciones, ya se está produciendo un cierto cambio entre las nuevas generaciones, que están aprendiendo a valorar esa experiencia de la vida que tienen los viejos. Lo que parece claro es que estos apuntes que comunicamos no son definitivos y se basan en el análisis de la tendencia social mayoritaria que impone la actual generación en activo.

8. UNA SITUACIÓN Y UNA PERCEPCIÓN QUE SE MUEVEN

Estos rasgos que se apuntan, indican que frente a la percepción negativa de la vejez, la sociedad tampoco es unánime, empezando por los propios viejos que, con toda la razón, no se resignan a aceptar ese papel de entes pasivos, incapaces e inservibles. No quieren formar parte del mobiliario de la vivienda y exigen soluciones a sus necesidades. Los viejos reivindican y comienzan a poner en pie el hecho de que quieren ser protagonistas de su propia historia y de que su papel social y familiar no es un apéndice de los demás, sino un elemento indispensable.

Muchos viejos empiezan a entender que jubilarse del trabajo no significa jubilarse de la vida y que el trabajo productivo no es equivalente a la vida entera. También se plantean que no es ineludible aceptar como algo impuesto por un destino superior el aparcamiento en residencias u otro tipo de instituciones, por muy doradas que puedan ser, que alejan el problema de los viejos de la sociedad al tiempo que socavan su autonomía y su capacidad de acción individual y colectiva, su ilusión y su entusiasmo.

Se ha dicho hasta la saciedad que las personas mayores deben permanecer en casa cuando sea posible y deben ir a la residencia sólo cuando sea necesario. Pero esto no ocurre así. Son cada vez más los viejos aparcados en residencias. Tampoco parece una solución muy "humana" la teleasistencia, porque los mayores están controlados todo el día (por su bien, claro), pero ¿es eso lo que necesitan?, ¿no es más vital hablar con alguien al que puedes tocar la mano?, ¿es bueno hablar siempre a un monitor de televisión?, ¿qué clase de afectividad hay en la teleasistencia? Nos escandalizamos con la eutanasia, pero tenemos muertes peores y más lentas para nuestros mayores: la muerte en vida.

Evidentemente, las residencias para la tercera edad son instituciones necesarias dentro de los Servicios Sociales, sobre todo para quienes no tienen otra posibilidad, pero sucede que, como tantas cosas del Estado de Bienestar, han acabado convirtiéndose en

un negocio privado en demasiados casos. El propio Estatuto Básico de Centros del INSERSO nos habla de que la residencia es “un establecimiento destinado a servir de vivienda permanente y común a personas de la tercera edad y en el que se presta una asistencia integral y continuada a quienes no pueden satisfacer estas necesidades por otros medios” (Luque y Peiró, 1990: 201). Aparece el término “asistencia” pero, a continuación, aclara cuál es la requerida: integral y continuada. Es decir, no sólo se trata de asistencialismo, sino de atención a la personalidad integral de los residentes y, además, no puntualmente, ante ciertas necesidades, sino de manera permanente.

Por otra parte, también el propio INSERSO asegura que en el 87'31% de las residencias públicas hay servicios recreativos y de tiempo libre. Lo que no dicen es que, frecuentemente, ese uso recreativo y de tiempo libre se limita al dominó, parchis y damas, creando “actividades pasivas” (valga la contradicción para reforzar más, si cabe, la paradoja).

Por tanto, es preciso modificar esa percepción fatalista de la vejez impuesta por instancias exteriores. Y, para comenzar, nada mejor que ver si esa imagen social de la vejez se corresponde realmente con la realidad que la concepción dominante sobre la vejez dice que existe: que los viejos son inactivos y una rémora social en su conjunto.

Si nos atenemos a los reflejados en el *Estudio 2072* realizado por el C.I.S. y el INSERSO en 1993, resulta que esa apreciación deja bastante de reflejar la realidad de nuestros viejos. Veamos algunos aspectos sobresalientes de dicho estudio (Justel, 1993):

- * Un 44% de los viejos realiza algún tipo de actividad y de ayuda tanto a sus compañeros de generación como a sus hijos o padres (como consecuencia del aumento de la esperanza de vida) y la compaginan con hacer deporte, ir a cursos de adultos, viajar con el INSERSO, el autocuidado o mantener relaciones amistosas. Esto se da sobre todo en municipios grandes.
- * La ayuda se focaliza en las tareas domésticas y en el cuidado de menores. Aunque, eso sí, la proporción de hombres en las tareas domésticas es del 23% frente al 53% de las mujeres. Pero los hombres dedican más tiempo al cuidado de los nietos. Dicho cuidado se realiza en muchas ocasiones a diario, con lo que de esfuerzo generoso supone por parte de los viejos y sin olvidar tampoco que esa dedicación permite a muchas mujeres con escasos recursos económicos poder trabajar y costear los cuidados adicionales de sus hijos. Por otra parte este espacio de ocio compartido por ancianos y niños les lleva a realizar actividades lúdicas conjuntas y genera un importante espacio de comunicación y transmisión cultural entre generaciones.

No parece, pues, que los viejos sean tan inactivos ni tan improductivos (al menos socialmente) como nos los pintan. En primer lugar, porque muchos de ellos –con toda la razón–, se niegan a aceptar, como decíamos, que se les aparte y deje de lado, asimilando el papel en el que se les quiere confinar.

9. EL TIEMPO LIBRE DE LOS ANCIANOS

Ya en 1989 el Senado (quizá preparando el terreno para sus miembros) recomendaba para la vejez, sobre todo para los internos en residencias, servicios que atendiesen al:

- * asesoramiento y orientación en cuestiones personales-familiares, sociales y económicos.
- * fomento de las actividades culturales, recreativas y artísticas, promoviendo la asociación inter-residencias.
- * promoción de la autonomía personal, de la vida recíproca y de la convivencia.

Cuestiones que asumió el INSERSO y recogió en su legislación (Luque y Peiró, 1990: 210-211), pero que no se cumple en demasiados casos. Y todo porque el nuestro es, decididamente, un mundo curioso: nos pasamos la vida postergando o difiriendo para el día de mañana lo que, por falta de tiempo, no somos capaces de hacer en la vida cotidiana. Y cuando llega el momento, si es que llega, nos encontramos (al menos eso nos dicen que pasa) con que no sabemos cómo emplear ese capital de horas libres. Lo que, de cualquier modo, supone una paradoja esperpéntica del hombre moderno que se manifiesta incapaz de ver su vida como algo que se cumple en cada instante y que, en muchos casos, no es susceptible de aplazamiento alguno. Como decía el Tenorio, no hay plazo que no se cumpla. Lo que sucede es que resulta trágico que así sea sin que seamos capaces de reaccionar o de dar salida a buena parte de lo que hemos ido postergando, ya que otras, por imperativos diversos, no podremos realizarlas. Pero lo importante es que hay muchas otras que están pendientes de hacer y esas son las que hemos de afrontar. Como dice Lourdes Bermejo (1994) quizá debamos aprender de los gatos, que son los que hacen vida de jubilado desde que nacen. Y eso que tienen siete vidas...

Sin embargo, y aún estando de acuerdo con Dumazedier, el tiempo libre de las personas mayores no es el mismo que para los demás grupos de edad. Para un trabajador, el ocio y el tiempo libre es el descanso, el no trabajo. Para un adolescente es el tiempo de la diversión o no estudio, pero para los mayores es "todo su tiempo". El resto del tiempo hasta la muerte es tiempo libre y de ocio. Las personas mayores no pueden "perder el tiempo" porque no tienen tiempo que perder, por eso su aprendizaje no es una herramienta para usar posteriormente en un trabajo, sino que se convierte en un fin en sí mismo, como experiencia enriquecedora.

En efecto, los viejos tienen el tiempo porque este les pertenece y pueden utilizarlo como quieran, no tienen que prestárselo a otros para que decidan que hacer con él. El escritor J.L. Borges decía que si él volviese a nacer perdería mucho más el tiempo de lo que lo había hecho. Pero, ¿qué significa perder el tiempo? ¿Acaso, disfrutar de la vida, de los amigos, de la cultura, del mundo, de uno mismo?

Es verdad que la vida adulta y activa, tal y como hoy se entiende esa actividad, no nos prepara para ese modo de ‘perder el tiempo’, sino todo lo contrario. De ahí, como hemos visto, los bruscos choques que muchos resienten al llegar a la jubilación. Quizá ahí esté la signatura pendiente de la ‘educación para la jubilación’. Pero, ¿es compatible esa formación con los valores que predominan en nuestra vida civilizada moderna? En nuestra opinión, la respuesta es que habrá de serlo, justamente para evitar esas situaciones de desajuste que deterioran y/o condicionan nuestra capacidad de asumir la vejez como una etapa de enriquecimiento personal y colectivo, a pesar de lo que nos digan sus detractores.

Como hemos señalado hace poco, muchas personas mayores emplean muy adecuadamente su tiempo. De lo que se trata, por tanto, es de ampliar la oferta para dar cabida a la pluralidad de gustos y sensibilidades individuales y les permita, además, ser contribuyentes activos a la mejora de la vida social y cultural, participando en proyectos que mejoren nuestra común sociedad no sólo para ellos sino también para los próximos viejos, que seremos sus hijos y sus nietos. La mayor preparación intelectual de nuestros mayores (que irá aumentando progresivamente) redundará –tiene que hacerlo y lo necesitamos todos– en una mayor capacidad de la sociedad global para progresar. Desde esta perspectiva, las personas mayores se convertirán en una segunda revolución de “capital humano” de trascendencia aún insospechada. Por tanto, se impone un nuevo discurso que deje de catalogar o clasificar a las personas por el número de años que ha cumplido, un nuevo discurso capaz de contemplar a la vejez como una etapa más del desarrollo, una etapa fértil en la vida de las personas.

10. LA PERSPECTIVA

En el capítulo de ocio, el Plan Gerontológico proclama que los programas de educación han descuidado a menudo la *educación social* que debe proporcionar al hombre la conciencia de su lugar en la sociedad, má allá de su papel como productor y consumidor, y que debe enseñarle también el arte de vivir y de relacionarse. Igualmente, habla de sensibilizar a este colectivo para impulsarlo a participar en los programas culturales de su comunidad. Concretamente, plantea, entre otros, estos objetivos:

- * Facilitar el acceso a cursos de formación.
- * Ampliar la oferta cultural en los centros gerontológicos.
- * Incrementar la presencia de las personas mayores en los actos culturales de su comunidad.
- * Propiciar que la jubilación sea percibida como realización personal.
- * Incentivar el aprovechamiento de la riqueza cultural de los mayores para potenciar su autovaloración y salvaguardar el patrimonio y las tradiciones populares.
- * Favorecer una percepción social positiva de la vejez.

Como otra etapa cualquiera de la vida, la vejez debe ser una construcción social de las personas mayores en interacción con su entorno, debe ser un proyecto vital como el de la juventud, porque, hasta que la muerte nos visite, hay vida y posibilidad de ejercitarla creciendo en todos los aspectos de la personalidad. De acuerdo con esta perspectiva que, a pesar de la percepción que nos quiere imponer, no es tan lineal, tan homogénea ni tan negra, están produciéndose muchas iniciativas que implican a los viejos en sus contextos sociales próximos y les reivindican como ciudadanos activos y capaces de vivir integrados plenamente. Estas iniciativas tienen un doble sentido, desde la sociedad hacia los viejos y de los viejos hacia el resto de la sociedad. Aquí, solamente enumeraremos algunas de las ya experimentadas que, ciertamente, no limitan las opciones, sino que requieren ser ampliadas mediante iniciativas creativas e integradoras. Así, tenemos:

- * La creación de situaciones socio-familiares novedosas: apoyo a los mayores por jóvenes voluntarios; acogimiento familiar de personas mayores a estudiantes universitarios.
- * La animación y dinamización de la vida de las personas mayores.
- * La solidaridad intergeneracional en el ámbito de la formación y la educación: asesoramiento profesional y orientación vocacional de los jóvenes
- * La formación de los familiares en las distintas situaciones que afectan a la tercera edad.
- * Capacitación sindical de los trabajadores para la jubilación.
- * Educar a los más jóvenes en la seguridad vial y cuidar de los niños a la entrada y salida de los colegios y escuelas. Esto significa la posibilidad de: a) cambiar la percepción de los niños sobre los viejos; b) romper barreras intergeneracionales y abrir espacios comunes, y c) jugar un papel activo en la construcción de la comunidad local.
- * Capacitar a los ancianos en su relación con la familia y los nietos
- * Establecer proyectos de acción social públicos y privados de carácter intergeneracional, así como foros comunes de intercambio intergeneracional.

Lo que también hay que poner de manifiesto es que muchas de estas cosas son una realidad cotidiana para muchos viejos y si los mayores quieren ampliarla y no quedarse parados seguro que contarán con la ayuda de personas, empezando por miembros de su propia familia, y profesionales que no están por la labor de excluirlos, sino que, por el contrario, consideran que la actuación social y la aportación personal de las personas mayores a la vida comunitaria es un recurso social que no podemos permitirnos el lujo de perder. Así, desde la práctica colectiva, será posible transformar la percepción existente sobre la vejez y su repercusión en la calidad de vida de las personas mayores..

BIBLIOGRAFÍA

- ARANGUREN, J. L. (1992): *La vejez como autorrealización personal*. Madrid: Instituto Nacional de Servicios Sociales.
- BAZO, T. (1990): *La sociedad anciana*. Madrid: C.I.S./Siglo XXI.
- BEAUVOIR, S. de (1989): *La vejez*. Barcelona: Edhasa.
- BERJANO, E. (1990): "Autopercepción de las relaciones afectivas en la tercera edad", en *III Congreso Nacional de Psicología Social*, Santiago de Compostela.
- BERMEJO GARCÍA, L. (1994): *Viva la Jubilación. Reflexiones y sugerencias para comprender y vivir mejor la Jubilación*. Madrid: Popular.
- BUENDÍA, J. (1994): *Envejecimiento y psicología de la salud*. Madrid: Siglo XXI.
- CAMPO, S. del (1991): *La nueva familia española*. Madrid: Eudema.
- ERIKSON, E. H. (1980): *Identidad. Juventud y crisis*. Madrid: Taurus.
- FERICGLA, J. M. (1992): *Envejecer, una antropología de la ancianidad*. Barcelona: Anthropos.
- FERNÁNDEZ BALLESTEROS, R. et al. (1992): *Mitos y realidades sobre la vejez y la Salud*. Barcelona: S.G. Editores.
- FIERRO, A. (1994): "Proposiciones y propuestas sobre el buen envejecer", en J. Buendía, *Envejecimiento y psicología de la vejez*. Madrid: Siglo XXI.
- GARCÍA, A. y CERRO, J. del (1996): "Teoría y política de la Tercera Edad. Algunas reflexiones críticas". *Revista de Pedagogía Social*, nº 12; pp 17-34.
- GARCÍA GARCÍA, M. (1992): *La formación en los ámbitos de la Tercera Edad. Un compromiso inaplazable*. Bilbao: EDEX.
- GRAVES, R. (1988): *Los mitos griegos*. Madrid: Alianza.
- GUTIÉRREZ, M. A. (1990): "Psicología del tiempo libre en la figura del anciano", en *III Congreso Nacional de Psicología Social*, Santiago de Compostela.
- HAWKING, S. W. (1988): *Historia del tiempo. Del Big-Bang a los agujeros negros*. Barcelona: Círculo de Lectores.
- HEINZ, J. (1984): *Aging America*. Washington, D.C. : U.S. Government Printing Office.
- JOVER, J. M. et al. (1978): *Cambio generacional y sociedad*. Madrid: Karpos.
- JUSTEL, M. (1993): *Estudio 2072 del C.I.S./INSERSO. Informe de Resultados*. Madrid: C.I.S./INSERSO.
- LUQUE, O. y PEIRÓ, J. M. (1990): "Residencias para la tercera edad: aspectos psicosociales", en *III Congreso Nacional de Psicología Social*, Santiago de Compostela.
- MEDEROS, A. y PUENTE, A. (1996): *La vejez*. Madrid: Acento.
- MORAGAS, R. (1989): *La jubilación. Un enfoque positivo*. Barcelona: Grijalbo.
- MUSITU, G. et al. (1988): *Familia y Educación*. Barcelona: Labor.

- PINEDA SORIA, R. (1995): "Abuelos comprometidos en la común aventura de vivir". *Infancia y Sociedad*, nº 29; pp. 185-209.
- RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, P. y SANCHO CASTIELLO, M. T. (1995): "Vejez y familia: apuntes sobre una contribución desconocida". *Infancia y Sociedad*, nº 29; pp. 63-78.
- ROMAY, J. y GARCÍA, R. (1990): "Formas de vida y nivel de satisfacción en una población de personas de la tercera edad", en *III Congreso Nacional de Psicología Social*, Santiago de Compostela.
- SÁEZ, J. (1997): *Tercera Edad. Animación Sociocultural*. Madrid: Dykinson.
- SÁEZ, J. y ESCARBAJAL, A. (1996): "Aprendiendo del pasado: investigación y educación con la tercera edad (1ª parte)". *Revista de Pedagogía Social*, nº 13; pp. 35-45.
- SAN ROMÁN T. (1989): *Vejez y cultura. Hacia los límites del sistema*. Barcelona: Fundación "Caixa de Pensions".
- THOMAS, J. L. (1992): *Adult and Aging*. Boston: Allyn and Bacon.
- VALLADARES, S. (1995): "Mitos sobre la vejez. Una aproximación antropológica". *Infancia y Sociedad*, nº 29; pp. 79-100.
- VV. AA. (1993): *Solidaridad intergeneracional*. Barcelona: Fundación "La Caixa".
- VV. AA. (1994): *Una aproximación pluridisciplinar al entorno de la vejez*. Barcelona: S.G. Editores/Fundación "Caja de Madrid".